



TRANSICIONES

VÍCTOR A. ESPINOZA

Al alba

EDITORIAL

“Hay que estar al alba”, era una de las recomendaciones cotidianas de mi abuelo. “Estar al pendiente”, pudiera ser la traducción más usual y extendida de la conseja familiar. En estos tiempos difíciles y nublados siempre conviene empezar el día “a las vivas”, bien pendientes de lo que nos rodea. Pudiera parecer un consejo que surge desde la grisura o la “opacidad” como hoy también se dice. Sin embargo, tiene la virtud de una lectura optimista, merced al lento despertar de los ciudadanos mexicanos. Paso a explicarme.

Desde hace algunos años un número creciente de mexicanos decidieron ponerse “al alba”. Dejar la abulia y la desidia para cambiar muchas de las cosas que los agraviaban. Fueron décadas de no tomar decisiones, de delegar toda la vida pública en las organizaciones y en un partido. El llamado corporativismo mexicano expropió las facultades decisorias de la sociedad nacional y borró de nuestro horizonte el concepto de ciudadanía. Por eso no había necesidad ni de votar para conocer a los futuros gobernantes. Pero no se crea que ese sistema funcionaba sin costos. Los recursos públicos eran el cemento corporativo: se invertían crecientes recursos para lograr el control social y político; pero además, para la corrupción y el silencio de la disidencia. Como en todo esquema autoritario a los disidentes se les cooptaba o reprimía.

Pero poco a poco hemos ido construyendo ciudadanía. Ha sido cuesta arriba, con sacrificios y muchas víctimas. El costo ha sido incommensurable. Parece fácil decir que ya vivimos en democracia; pero atrás hay un largo camino. Hoy elegimos a nuestros gobernantes; tenemos órganos autónomos que garantizan certeza y transparencia electoral. Pero no podemos sentirnos totalmente satisfechos y echar las campanas al vuelo. Hay dos grandes asignaturas pendientes, sin cuya resolución no podemos hablar de haber ganado la batalla de la modernización: la inseguridad y la pobreza. Pero además, la gran reforma del Estado no ha tenido lugar. La institucionalidad que sostiene el viejo régimen presidencial al parecer continúa intacta.

Para seguir avanzando, es necesario que la vida pública construya el sentido de ciudadanía. El ciudadano no sólo es el que acude a votar cada cierto tiempo; deberá ser el vigilante de la administración pública y de la privada. Es decir, requerimos una ciudadanía atenta, participativa, al pendiente de lo que le rodea. Es requisito indispensable no sólo participar en todos los espacios donde se tomen decisiones, sino exigir la rendición de cuentas. Los medios de comunicación, que cumplen un rol fundamental en regímenes democráticos, requieren de lectores y críticos que los obliguen a ser cada día más profesionales. Aún cuando parecen estar lejanos los tiempos en que sólo se limitaban a transmitir boletines oficiales, todavía quedan reductos anacrónicos. Pero éstos deberían irse quedando sin lectores, sin auditorio.

Al lado de los escándalos producto de las filtraciones a los medios —desde los videos hasta el grotesco diálogo entre un empresario y el “gober precioso”— es fácil deducir toda la suciedad oculta. La política de transparencia ha servido para enterarnos de la podredumbre pero no para erradicarla, como se puede concluir de los ejemplos señalados. Pero también, ha obligado a muchos a sofisticar sus métodos de corrupción. La discrecionalidad, que es parte consustancial de aquélla, es hoy una práctica extendida en la administración pública de los tres niveles. Además, la estructura piramidal de nuestras instituciones hace muy difícil la rendición de cuentas. Se cree que la ausencia de participación de los miembros de una institución es natural. Que no puede haber órganos colegiados con capacidad de decisión. Eso es parte de una visión caduca de las organizaciones. La eficiencia y la calidad no se encuentran reñidas con la inclusión de los miembros. Sólo así se pueden asumir responsabilidades compartidas. Pero esa visión de la administración pública todavía dista de ser una realidad en México. El autoritarismo sigue rigiendo la vida de las instituciones nacionales.

Tenemos que enseñar a nuestros hijos el valor de la participación, de la riqueza de una sociedad incluyente y corresponsable. Pero mientras les llega el turno de asumir sus responsabilidades profesionales, tenemos que irles allanando el camino. Debemos esta “al alba” y exigir responsablemente la rendición de cuentas. No importa el nivel gubernamental, la corrupción asume múltiples caras y tiene mil salidas. Es una obligación ciudadana la participación. Pero además, quien asuma un cargo deberá estar consciente de que hay muchos ojos vigilantes, atentos, pendientes. Esto que digo debería ser una frase de lugar común; por desgracia en México es todavía una aspiración de una sociedad agraviada... pero paciente.